

LA ISLA DE MONTECRISTO

La isla de Montecristo es diminuta. Está a unos 45 km al sur de la isla de Elba. Pertenece, como reserva natural, al municipio de Portoferraio (Livorno, Italia) y quizás todavía esconde un tesoro. Cerca está el llamado Escollo de África u Hormiga de Montecristo.

BIBLIOTECA ACUÁTICA

Evoco el rincón de leer libros, y al evocar esa biblioteca en casa, los libros aparecen vinculados a la experiencia, como el sitio que me envolvía, como la *pecera* donde a ratos habitaba, sumergido. Allí siempre había una gran enciclopedia de un rojo intenso. Pero a mi me gustaban los libros antiguos del yayo, algunos sin tapas y con páginas dañadas. Algunos tenían la letra menuda y espesa. *La Divina Comedia*, *El Quijote*, Quevedo. Todo eso en mis manos era como química orgánica: complejo y alimenticio al mismo tiempo. Un día seguramente me atrajo un libro de tapas más grandes: era la historia de un marinero de Marsella, a quien meten en prisión por envidias, cuando está más enamorado. Pasan los años, escapa de la cárcel, pero gracias a un abad ha conocido la existencia de un tesoro. Mayormente, la lectura de la enciclopedia de color rojo la llevaba a cabo en secreto, buscaba temas e ilustraciones durante muchas horas, a escondidas; mientras que las peripecias del marinero de Marsella me entretenían en las tardes de julio. No he desarrollado una pasión especial por los libros antiguos, pero sí por los *lugares de lectura*, con un sentido de fidelidad elemental. De manera que recuerdo aquel rincón de leer libros, envolvente y habitable, relacionado con mi destino de Acuario.

RECORRIDOS

Que con la lógica llegues hasta la paradoja no es más que otro camino para encontrar aquello que ya saben los poetas.

MENUENCIAS

Un problema fundamental (fundamental, ¿para quién?) es cómo estipular *menos* significado. En la universidad aprendíamos cómo iban tomando significados los objetos, las acciones, los nombres, a través de la literatura; también aprendimos (más dolorosamente) como el mismo *sistema* desprendía significado, de modo que algo, por el mero hecho de estar metido ahí, significaba todavía más cosas en función de la urdidura en la que se encontraba. En cualquier caso, en nuestras mentes ingenuas se imponía la idea de una generosa cantidad de significados. Era difícil no sentirse interesado por la aventura. Pero nadie explicaba como conseguir que algo acabara significando menos. ¿Qué había que hacer, para eliminar tanta adherencia, tanta historia sobrevenida? Decimos *masculino* y *femenino*, y sobre ello encajan una variedad de historias, nos cuesta ver que esos dos vocablos tan antiguos no puedan llegar a expresar todavía más cosas hoy en día. Pero, ¿ir hacia menos? ¿Cómo estipularíamos menudencias, por así decirlo (*just a bit*)? Aquí empezaría la diversión.

LA DIGNIDAD DEL BASURERO

Sacar la basura como profesión noble. Por la noche, sales de casa, ves a un vecino sacando la basura y te asalta una sensación particular de orden y respeto.

Este vecino, o tú mismo, sacando la basura, hacéis un trabajo humilde y sencillo, que no ha de hacer mal a nadie. Se te ocurre que eso puede ser un emblema de lo que está simplemente bien, lo que es necesario y no reclama nada más. En este mundo de luchas y encontronazos en la oscuridad, la dignidad propia del basurero, cotidiana y sin oropeles, te anima a pensar en el día siguiente.

CONTINGENCIA

De alguna manera, si la muerte existe, eso lleva a la consideración de una incertidumbre general, donde todas las cosas pueden ser y no ser a la vez. Si todo lo que hacemos es cierto que puede desaparecer, entonces la propiedad de las cosas, a largo plazo, es la contingencia. Y vivimos en un mundo, visto a una cierta distancia, mucho menos ontológicamente consistente que como se nos presenta a través de la solidez de la vida cotidiana. Simplemente: *puede no ser*. Esta conciencia de la contingencia es paralela y solo en parte coincidente con la conciencia de la muerte que, como se ha dicho siempre, nos hace típicamente humanos (y personas).

JANO

La mujer de las dos caras. Atractiva, misteriosa, cambiante. La conoces y no la conoces. Una vez te decía una cosa, a la siguiente te sorprendía. Esperabas *sí*, y te decía *no*. Esperabas una explicación, y te decía *ya no*. La invitabas a un pastel, y te devolvía ese *ya no* enigmático. Era un perfil que te daba la vuelta. *Ya no*, pensabas; ¿y cuando, pues?

VENTOTENE

Bastante más al sur de la isla de Montecristo está la isla de Ventotene, un peñasco habitado por pescadores de acento napolitano, que cultivan lentejas y alcachofas, con una iglesia, una diminuta biblioteca, su parte de habitantes del este de Europa y algún geólogo curioso de visita en invierno. Una cuestión sería si Ventotene significa «la isla que detiene el viento» o al contrario, «la isla que es sostenida por el viento». Las dos cosas son sugestivas, y se adaptan bien al aspecto del peñasco y a sus habitantes de otoño. El contraste imaginativo entre la isla activa y la pasiva todavía la convierte en más deseable, mutando desde su propio nombre.

ENANOS

La Sra. Quien pasó la tarde montando aquellos muebles tan divertidos que llegaban desmontados de la tienda: primero separó todas las partes, luego buscó los útiles para atornillar cada pieza (cada pieza pedía un útil distinto) y con paciencia, y la ayuda de su hermana, empezó a levantar cada mueble. Cuando tenía que apretar las juntas y la madera entrechocaba al encajar, la Sra. Quien oía a los duendecillos dentro de la madera quejándose y haciendo fuerza. De vez en cuando la sorprendían pequeños chirridos: los enanos empujaban, canturreaban un poco, y luego el silencio: asumían de nuevo su función compacta, asegurando el montaje.

UNA MANERA DE EMPEZAR

No sé si sería una manera contemporánea, o bien simplemente una de las maneras más antiguas de comenzar

un cuaderno: «He perdido todo lo que había escrito; no sé qué ha pasado pero ha desaparecido (cosas de la informática); lo volveré a escribir; eso me pasa por la falta de práctica y de seguridad con estos instrumentos». La cuestión es que eso crea todo un mundo previo al mundo que todavía no hemos leído, con unas pocas palabras.

LIEN ZO

Aparece envuelto en lino, la cabeza rapada, los movimientos suaves. Un lino blanco que le acaricia, unas manos algo arrugadas, quizás de escribir con pluma y tintero. Lien Zo recuerda algunas cosas: el mundo brutal de aquellos antepasados despeinados, mujeres sabias (de conversación) y hombres cavernarios (de gritos). El libro que camina, como el fantasma de la selva. El templo de las horas, donde reza entre incienso, y el Estrecho del Tiempo, con la soledad de las piedras afiladas. Lien Zo se envuelve en sí mismo escrupulosamente, y si es necesario se desnuda para la luna. En su cabeza rapada brilla la aurora boreal y yo le pido consejo cuando me persiguen las dudas.

LA BALLENA (TAL CUAL)

No sé si hay alguna explicación especial para la pasión general por las ballenas. Quizás aquello de escoger un animal como símbolo del grupo (el clan, la tribu). Quizás la atracción por las cosas magníficas, enormes (que nos superan), y la ballena lo es. El nombre no tiene tampoco ninguna sonoridad especial que deje tintineos de otras cosas. Es un animal difícil de ver en su elemento, tienes que ir a menudo a alta mar, y esperar a que emerjan. En general no somos ni capaces de ver lo bien que nadan, si no es en

reportajes o cosas así. Tampoco oímos directamente sus cantos. Pero la ballena es quizás la ganadora en la imaginación (mientras que el león nos puede dar urticaria): como animal perdido, extraño como vertebrado acuático y más extraño todavía como mamífero. Bella y amable, grandiosa (sin ser grande), atractiva (más que el delfín o el tiburón, tan pronunciados) y quizás fea, ambigua y determinada, profunda y superficial, pesada y tierna, furiosa y próxima.

QUESO CON ACEITUNAS

Partidarios de la idea del queso con aceitunas, ¡uníos! Que se aparten los demás títulos, las filosofías y las filologías. La divisa de Horacio y Virgilio es esa: queso con aceitunas. Un paisaje de cabras y olivos. Fuera títulos: queso con aceitunas. Ni Heráclito ni Demócrito, que siempre acababan discutiendo. Un plato de queso con aceitunas, donde mirarnos, donde soñar, a través del cual especular. No sería ningún alegato sobre la gastronomía (Dios me libre; aunque podríamos salvar la cebolla sofrita), sino una defensa, un programa que apela a la memoria. Queso con aceitunas, contra Descartes.

EL SEÑOR DE LOS IMPOSIBLES

Era un tío que iba así por la vida, colgado de todos sus imposibles. Como hebras de una telaraña que lo fueran estirando dulcemente, hacia aquí y hacia allá, todas las cosas que no había podido hacer, o que simplemente había deseado, o que había visto como otra vida distinta, se le quedaban enganchadas en forma de hilos imposibles. Podía llevar perfectamente una vida normal (es un decir), pero las hebras de las cosas imposibles lo iban custodiando, y él

se encontraba a gusto con ello. Los imposibles lo retenían (ficticiamente): de vez en cuando miraba esos hilos que lo enraizaban en lo que no ha sido (ni puede ser). Como en un juego divertidísimo, el señor de los imposibles sabía que una hebra cualquiera de aquellas lo llevaría a otro lugar, a algún imposible diferente, y dejaba crecer la madeja. A la hora de ponerse el pijama era un auténtico problema.

HOMBRES Y MUJERES SIN RELOJ

Lo tenemos fácil, para abandonar el reloj de pulsera. Cuando estamos con el ordenador, nos indica la hora. El móvil, tan a mano, también indica siempre qué hora es. En casa tenemos diferentes relojes de pared, y usamos despertadores para levantarnos. Salimos de casa sabiendo qué hora es y, más o menos, cuánto tardaremos en llegar donde tenemos que ir. Nos enteramos sobradamente de cuándo es hora de volver a casa, por la sombra que proyectan las cosas. Los autobuses tardan siempre lo mismo y en las estaciones se indica la hora. ¿Por qué no abandonar esa maquinilla que nos acoplamos en la muñeca? ¿Irábamos más ligeros? ¿Disfrutaríamos más de los brazos? ¿La piel tendría más presencia y luciría más? Si estábamos apurados, siempre podríamos volver al antiguo placer de la conversación, y preguntarle al más cercano, «¿qué hora es, por favor?», y eso sería todo un gustazo, una frase nueva (y sin reloj, ganaríamos tiempo).

ODA A REQUENA (PREPARACIÓN)

Preparación de la Oda a Requena. Los de Requena dirán: «Ah, pero no es verdad todo eso que dice la Oda, no somos así, es una buena exageración». Los que no

son de Requena dirán: «Ostras, Requena, nunca lo hubiera pensado, que le pudieran hacer una Oda a esa ciudad». Los que conocen Requena: «Bien, pero faltan más alusiones al vino, allá les gusta, y tienen una buena cultura vinícola». Los que nunca harán odas: «Valdría más un buen ensayo sobre Requena y su futuro, que estos cuatro versos». Los de Roma: «No me la imaginaba tan grande».

MONTE ANÁLOGO

Recupero un libro, *Mount Analogue*, sobre un viaje imposible a una montaña inexistente: la preparación concienzuda del viaje, la emoción de los participantes, las discusiones. «La historia inacabada del viaje del yate *Imposible* a una isla desconocida; unos aventureros que poco a poco empiezan a entender el sentido oculto del viaje y, guiados invisiblemente por los habitantes de la isla, suben a una rara montaña que representa el camino que une la Tierra con el Cielo, un camino hacia la verdad, que *no puede no existir*», que no tiene lugar, evidentemente, en ningún sitio. Un *monte análogo*, una alegoría, donde me encuentro.

DUCHA

Te duchas, y toda tu piel se reblandece. Te ves más ágil, casi a punto, relajado y al mismo tiempo renovado. Dejas que las últimas gotas se deslicen como quieran, te gusta sentir el pequeño contraste de calor y frescor. La cabeza, la mente, reacciona igual: como si la hubieran agitado y se hubiera remojado también por dentro, y te zarandean asociaciones nuevas, maneras diferentes de ver las cosas.

La frescura se comunica a los vínculos de las nociones, que disfrutan saltando de aquí para allá. Ideas nuevas, tac, tac, tac, horizontes para el agua. Mente y cuerpo en el mismo plano ondulado, reencontrando tu destino de Acuario. Empapado.

LA MUJER DE LOS LAZOS

En persona solo la he visto durante unas horas, una mañana, hablando, de pie. Hablaba rápido, iba desgreñada, lo que le daba una apariencia algo irreal. Nos habíamos escrito (poco, es verdad), y yo había leído un libro suyo, larguísimo y denso, de aquellos que deben de cazar pocos lectores (en cualquier caso, era su tesis). No sé si tendremos muchas oportunidades más de encontrarnos; diría que pocas. Cuando teníamos asuntos entre manos y nos escribíamos, me soltó esta frase: «Los lazos verdaderamente fuertes son los que no atan». Una cosa de esas que entendí en seguida, ni fría ni caliente, pero rápida como un latigazo. Con eso tengo bastante para recordarla, cuando las demás cosas se difuminan.

LA MALLA

Era un tío cuadrículado. Pensaba siempre en el próximo paso que daría. Parecía tener las cosas encasilladas, en cuadrícula. En papel milimetrado, como se dice. Hoy esto, mañana aquello. Poco sitio para las cosas sencillas. Hasta los domingos y los días de fiesta le parecían, en rojo, como marcas especiales de aquella cuadrícula de cosas. Y resulta que entendía todo eso como una malla flexible, y de vez en cuando pasaba horas y horas encima de ella saltando como un crío.

TETRAGRAMA

Descubro en mi agenda cuatro referencias juntas, que me alegran: el *Gloria* de Vivaldi, el *Nabucco* de Verdi, la Calzada de los Gigantes, al norte de Irlanda, y la isla de Terceira, en las Azores. Son cosas que he visto y escuchado en momentos diferentes y que agrupé por algún motivo. ¿Por qué motivo? Todas son espectaculares, a su manera. ¿Qué raro *tetragrama* componen? Dos son auditivas, las otras dos, visuales. Islas, músicas, un canto de esclavos, Azores, Irlanda. Dejan de ser cosas sueltas si las someto a indagación. Y claro, el juego: tetragramas. De la casualidad.

UNA DE CRONOPIOS

Le gustaba escribir «hoy» siempre. De modo que encabezaba cada entrada de dietario con esa palabra: «Hoy». Le proporcionaba una inmensa ilusión que siempre pareciera el mismo día. Como si no pasara el tiempo. Procuraba repetir siempre las mismas cosas, con un cuidado admirable. Después añadía comentarios, donde se mostraba creativo, desarrollando cada vez de una manera distinta las mismas cosas, los mismos acontecimientos. Se desdoblaba, disfrutando mientras repetía las frases, y más tarde aligeraba lastre soltando ideas nuevas. No lo hacía para distraerse, sino para explorar facetas diferentes. Luego se dio cuenta de que los periódicos habían descubierto ese truco mucho antes.

EJERCICIO MATINAL

Propuesta, al despertarse: practicar, como ejercicio, los movimientos de Gregorio Samsa, en la cama. Sentirse

escarabajo, mover los pies y las manos hacia arriba, kafkianamente. Decirse a sí mismo: una muestra, un ejemplar de *gregorio samsa*, aquí lo tenéis; creerse que uno es eso. El escarabajo que salta de la cama. Después llevarás a *gregorio samsa* como referencia, durante el día; quizás incluso escribes su nombre en el buzón del portal, mientras caminas sobre tus dos piernas. Porque habrás hecho esos ejercicios por la mañana.

LA MIEL Y LAS CENIZAS

¿Cómo os gustaría ser? ¿Como la miel, perdurable y compacta, infrangible y dulce? ¿O como las cenizas, producto del fuego y la pasión, resultado y vestigio? ¿Como la miel de los insectos, extraída de las flores y trabajada en ellas, ofreciéndose dulce contra el tiempo? ¿O como las cenizas, dispersadas por el viento, todavía rescoldos del último placer? ¿Qué escogería Elena?

SI DESCARTES...

Si Descartes hubiera sido una mujer, el curso de la historia de la filosofía y del pensamiento habría sido otro completamente diferente. Hoy el panorama ha cambiado y experimentamos una interesante diversidad: hay mujeres pensando y trabajando (mejor que muchos hombres), y nuestras discusiones han ganado en complejidad y perspectiva argumental. Nuestra vida también. Ahora ya podemos pensar en la relación que hay entre realizar un determinado trabajo y tener que salir corriendo para ir a buscar a los niños al colegio, y mil cosas así. Nuestro pensamiento proviene tanto de lo que hacemos y experimentamos como de lo que aprendemos leyendo. Me

gusta más esta hipótesis (sobre Descartes) que aquella historia antigua sobre la nariz de Cleopatra.

¿QUÉ TIENE LA LUNA?

¿Qué tiene la luna? Aquí la prosa y la poesía no explican lo mismo. Una luna efervescentemente iluminada me suele decir: el sol. No por oposición, sino por continuidad: miro la luna y veo el sol que la ilumina, el sol que no veo pero que contra ella, blanca como una diana, se me vuelve presente detrás del cielo oscuro. De modo que miro la luna y veo el sol que la hace visible —eso es todo—. Quizás es suficiente: así es como nos enseñaban que había que mirar las películas, pensando en la cámara que no se deja ver, pensando en los que están filmando, que te permiten ver todo eso que te encanta.

ELIPSIS

Una imagen bella de la elipsis es: una fotografía de cuando tienes 19 años y una fotografía de cuando tienes 69. Una al lado de la otra. Puedes leer cantidad de historias, de sufrimientos, de alegrías, entre los surcos, el peinado, los labios y la forma de los ojos. A pesar del «aire de familia», en definitiva la narratividad se impone: una narratividad elíptica, misteriosa por lo que tiene de inaprehensible y contundente (así ha sido, eso son hechos). Hay también belleza, en la historia imaginada, en la supervivencia, en la magia de la vida *à rebours*. Es tu madre, tu familia, quien sea, tú mismo, narrado (por omisión) de forma patente. Lo que hay entre las fotos.